

IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la
República Argentina

“Los usos de la Memoria y la Historia Oral”

Memoria histórica y tradición: propuesta para un estudio de caso

Dra. María de los Ángeles Gallegos Ramírez
Departamento de Estudios de la Cultura Regional
Universidad de Guadalajara

Zuli31@yahoo.com.mx

angelgal@cencar.udg.mx

Av. Dr. Luis Farah No.1011

Col. Villas de los Belenes

C.P. 45192

Zapopan, Jal., México

Tel. oficina y fax (33) 36 58 43 73

Tel. particular (33) 36 56 46 33

1. Notas preliminares

Desde hace algunos años estoy interesada en comprender las características culturales de la sociedad regional del Occidente de México; de manera especial en algunos aspectos de la cultura que son heredados de una generación a otra; es decir: en las creencias, costumbres y valores que delinean la forma como los diferentes grupos sociales conciben el mundo y se sitúan ante la vida, y son definitorios de su identidad sociocultural.

Ha sido lugar común caracterizar a esta sociedad del Occidente mexicano como muy conservadora, con una cosmovisión penetrada por el catolicismo ortodoxo, debido a la influencia que en ella ha tenido la Iglesia católica desde la época colonial y hasta nuestros días. De manera fundamental en los terrenos: ideológico, político, cultural y, en menor grado, en el económico.

Por ello, inicié mi trabajo de investigación analizando la importancia de la religión y el culto católicos –de forma particular el de la Virgen María-, a fin de comprender hasta qué punto estos elementos juegan un papel central en la

dinámica sociocultural de las distintas subregiones involucradas en los procesos religiosos que he estudiado: el culto a la Virgen de la Defensa en la región serrana de Tapalpa, ubicada al sur del estado de Jalisco y en la centro-sur de este mismo estado, las peregrinaciones al santuario de la Virgen de Talpa.

En las distintas aproximaciones al culto mariano observé cómo los grupos sociales involucrados en él, hacían siempre referencia a su pasado para interpretar el sentido de sus prácticas actuales y subrayar la importancia de su mantenimiento. Lo anterior me llevó a preguntarme cómo tales expresiones religiosas contribuían en la recuperación y fijación en la memoria colectiva de aquellos aspectos del pasado que dotaban a los grupos de creyentes de un sentido de pertenencia, cohesionándolos y reafirmando su identidad. Esto es, a intentar analizar cómo es que por medio de dichas prácticas sociales los grupos conservan informaciones pasadas, siempre resignificadas en función de las exigencias del presente, o que imaginan como pasadas –buscando establecer un vínculo entre memoria histórica y la idea de tradición inventada según la propuesta de Hobsbawn.¹

Así, surgió mi interés por estudiar más a profundidad, y situada desde el presente, los procesos de reelaboración de la memoria colectiva y el papel que desempeña para su mantenimiento y reformulación la persistencia de tradiciones culturales en las que se involucran grupos y/o sociedades completas, por ejemplo: las fiestas patronales; que ha decir de Walter Benjamin (2006: 75), los días festivos son los días del recuerdo.

Desde esta perspectiva he seleccionado trabajar en la región de “Los Altos” de Jalisco, con una doble intención: primero, analizar una subregión distinta a las vinculadas con los cultos marianos investigados con anterioridad, lo que en un momento dado me dará la oportunidad de acceder directamente a algunos datos y poder establecer comparaciones entre las distintas sociedades del Occidente del país; y, segundo, porque se ha dicho que en “Los Altos” la sociedad es de las más compenetradas del fundamentalismo católico. Aspecto éste muy interesante si lo vinculamos al hecho de que desde hace más de un siglo, “Los Altos” es en el país una de las principales sociedades expulsoras de

¹ Ver “Introducción” del trabajo de Hobsbawn y Ranger (1993).

trabajadores, no sólo a nivel estatal e interestatal, sino internacional; en particular hacia los Estados Unidos de Norte América. Y, desde cierta perspectiva sociológica supone su acercamiento a otros marcos de creencia y explicación del mundo, y debería conllevar, por fuerza, una modificación profunda de su concepción del mundo; y tal parece que no necesariamente ha sido así, o al menos no como podría esperarse. Aunque la migración sea, en efecto, un detonador de su cambio social en diversas direcciones.

En México existen pocos trabajos que aborden desde una perspectiva socioantropológica los procesos de reelaboración de la memoria histórica. Debido, en parte, al supuesto de que su análisis era un asunto concerniente sólo de los historiadores, de aquí que los antropólogos privilegiaran el estudio de problemáticas con periodizaciones más bien cortas o de tiempos breves;² a excepción de las investigaciones etnohistóricas y de la antropología histórica, por supuesto. El grueso de los trabajos que abordan de forma directa o indirecta el asunto de la memoria colectiva, que necesariamente implica ampliar la mirada hacia un tiempo de más larga duración, ha sido realizado desde la historia –en especial, aunque no exclusivamente, por lo que se ha dado en llamar historia oral. No obstante, en años muy recientes se ha comenzado a estudiar con una perspectiva más socioantropológica, baste mencionar el trabajo realizado en Yucatán y Quintana Roo por Pérez-Taylor (2002), como un punto de partida imprescindible para realizar mi trabajo sobre la memoria histórica en esta región del país.

En otro orden, una importante fuente de reflexión teórico-metodológica son los trabajos que buscan comprender las transformaciones sociales que impactan a una sociedad y la llevan a modificar su concepción del mundo, aunque sus alcances temporales no sean siempre extensos. Aquí están involucradas distintas disciplinas sociales como la historia, la antropología, la sociología, que abren una serie de vertientes, entre ellas, por ejemplo: los análisis orientados hacia la interpretación de los procesos de cambio sociocultural vinculados a realidades sociales particulares; los estudios sobre mentalidades; sobre sistemas de creencias y representaciones sociales; sobre mito y ritual, pero desde la perspectiva de los sujetos sociales; sobre tradición, costumbre y

² Sobre el asunto del tiempo y el problema de las periodizaciones en las ciencias sociales, ver por ejemplo: Braudel (1991) y Valencia García (s/f).

oralidad; y, en el caso particular de mi área de estudio, sobre movimientos poblacionales, y no sólo como impulsores de cambios económicos, sino también como detonadores de modificaciones culturales profundas, tanto para las sociedades expulsoras como para las receptoras de migrantes.

Asimismo, existe un conjunto importante de investigaciones que abordan diferentes aspectos de la dinámica sociocultural de la región alteña con enfoques multi e interdisciplinarios. A pesar de la diversidad de temáticas analizadas, que van desde la conformación sociohistórica de la región con un énfasis especial en la dimensión económica, hasta trabajos muy recientes sobre migración y cambio sociocultural, ninguno de ellos toma como objeto central de estudio el proceso de reconfiguración de la memoria histórica y de las prácticas tradicionales en las que cristaliza y que a su vez, contribuyen a delinearla. En ese sentido, mi investigación intenta dar cuenta de la forma como la sociedad de alteña revalora su pasado, resignificándolo y reinventándolo en función de las exigencias de un presente siempre cambiante.

2. Puntos de partida centrales para la investigación

Como señaló Benjamin, el estudio del pasado, pero sobre todo el conocimiento que de él tienen los grupos sociales, no significa aprehenderlo “como verdaderamente ha sido’. Significa adueñarse de un recuerdo, tal y como relampaguea en un instante de peligro. [...] El peligro amenaza tanto al patrimonio de la tradición, como a aquellos que reciben tal patrimonio” (2006: 66). Por lo que para comprender a las sociedades regionales y/o locales, y estudiar sus rasgos culturales actuales, se vuelve tan importante analizar qué de su pasado permanece en su memoria colectiva y por qué; pues lo que se es, es siempre resultado de procesos de más larga duración que la han gestado y delineado de una forma determinada.

En tal dirección también me pregunto ¿cuáles son los procesos sociales que “amenazan” o ponen en peligro, desde la perspectiva de los grupos sociales, su acervo cultural, sus costumbres, creencias y valores, e inciden en sus transformaciones?, y ¿si la sociedad estudiada responde a ellos recuperando determinados acontecimientos pasados con el objeto de darle un significado

peculiar a su presente y reorientar su futuro?; esto es, ¿qué aspectos del pasado la sociedad se resiste a olvidar y por qué?

Siguiendo los señalamientos que hace Le Goff (1991) respecto de que la memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva (1991: 134); entonces tendré que analizar, además, en qué medida desde el poder o las clases dominantes se elabora e impulsa un proyecto político-cultural que implica recobrar algunos acontecimientos pasados y olvidar otros; y, cómo los grupos subalternos a los que va dirigido, que cuentan con sus mecanismos específicos de reproducción cultural y, en consecuencia, reformulan su propia memoria colectiva, negocian sentidos diversos para la recuperación de un pasado y la reelaboración de una memoria histórica en la que unos y otros se reconozcan. En el entendido de que cada uno tiene intereses particulares y, por tanto, proyectos diferentes, vinculados con el lugar que ocupan en la escala social. Es decir, ¿cómo “conviven” proyectos culturales distintos -hegemónicos y alternativos o contrahegemónicos-, y de qué manera se interrelacionan en la sociedad viejos y nuevos elementos culturales que se fijan en la memoria histórica? Además de analizar la posibilidad de decretar olvidos y recuerdos grupales, ¿cómo se da tal proceso y para qué.

3. La necesidad de la perspectiva antropológica y su encuentro con otras disciplinas sociales

Los mecanismos empleados por la sociedad para la perpetuación de la memoria histórica son muy diversos: monumentos, documentos escritos, museos, medios electrónicos sonoros y visuales, conmemoraciones públicas tanto religiosas como cívicas y profanas, vidas de hombres ilustres, santos y mártires, exvotos, crónicas locales, fotografías, entre muchos otros; y se encuentran vinculados con diferentes instituciones sociales. De allí que las fuentes para el estudio de la memoria histórica sean múltiples. Sin embargo,

debido a que el interés de mi trabajo es comprender la importancia de la recuperación y la reelaboración de la memoria histórica de la sociedad de “Los Altos” de Jalisco, pero a través del conocimiento de sus prácticas sociales actuales, esto es, de abordar sus manifestaciones culturales más importantes desde una perspectiva de larga duración, he decidido centrarme en el estudio y la comprensión de las celebraciones colectivas por medio de las cuales se perpetúan los recuerdos y, como diría Le Goff (1991), sirven como antídoto del olvido.

El concepto de memoria es complejo e involucra a diferentes ciencias, desde la biología, la neurociencia, la psicología, la psiquiatría, hasta disciplinas sociales, como la historia, la sociología y la antropología, entre otras. De momento baste decir que mi preocupación gira en torno a la memoria colectiva o histórica pero analizada desde los comportamientos actuales; esto es, se centra en aquellas informaciones del pasado que son enfatizadas en la actualidad por todo un grupo o una sociedad y, que de perderse u olvidarse, alteran de forma importante su identidad colectiva. La identidad depende en algún sentido de lo recordado o lo recordable; es decir, es explicada en términos de memoria (Rabossi, 1989: 7-11). Por lo tanto, me ubico definitivamente desde una perspectiva antropológica, pero recuperando conceptos y nociones de la historia y la sociología. Estoy consciente de que en la reelaboración de la memoria colectiva intervienen también procesos individuales de pensamiento y conocimiento, fundamentales para su adquisición; sin embargo, no me detendré en ellos.

De forma provisional, defino memoria histórica como la reconstrucción del pasado que hacen los grupos de aquellos acontecimientos centrales que delinean su sentido de pertenencia, justamente porque reafirman la idea de compartir un pasado común, y, en consecuencia, refuerzan su identidad y cohesión. Reformulación realizada siempre desde las necesidades presentes y, por lo mismo, relacionada con el futuro; pues el proceso de reelaboración de la memoria histórica implica “un movimiento dual de recepción y transmisión, que se continúa alternativamente hacia el futuro (Yerushalmi, 1989: 19).

El estudio de la memoria histórica a partir de una de sus fuentes fundamentales como son las tradiciones culturales, en particular las fiestas y celebraciones

colectivas –religiosas, cívicas y profanas-, ayuda a comprender, pues, cómo la sociedad se reapropia del pasado y lo significa en función de las exigencias del presente; también permite analizar cómo se define a sí misma a partir de un pasado compartido y reelabora sus mecanismos de reproducción sociocultural en un contexto en el que inciden procesos sociales amplios que repercuten en sus dinámicas particulares.

Un análisis de tal naturaleza da la posibilidad de recuperar en el tiempo y el espacio social de un grupo, los saberes y las tradiciones que lo significan.

Además, ayuda a comprender los mecanismos a partir de los cuales la sociedad interioriza sus experiencias pasadas y las fija en su memoria para situarse ante la realidad. En tal dirección, la antropología y la historia me brindan herramientas teórico-metodológicas centrales para formular una perspectiva que entrelace el análisis sincrónico con una mirada de más larga duración. Así, es posible partir de la observación de las prácticas presentes para comprender qué hace la gente de la sociedad con su pasado o con ciertos acontecimientos de su pasado y por qué. Esto es, realizar una lectura antropológica del pasado, muy cercana al ejercicio hecho por la etnohistoria y la antropología histórica, pero centrada en la reformulación actual de la memoria histórica, pues lo que pretendo es interpretar su reelaboración no tanto a través de los documentos escritos –a los que sin duda hay que recurrir-, sino mediante la observación directa de los comportamientos, las palabras, los gestos, los rituales y las celebraciones en los momentos en que se ponen en práctica.

Es verdad que en el acercamiento a la realidad se encuentra una gran diversidad de conductas y sentidos que torna muy compleja su aprehensión e interpretación; no obstante, también se percibe la existencia de comportamientos estereotipados o rituales, que son asumidos por los individuos particulares y posibilitan su encuentro, reconocimiento y fusión.

El análisis de tales comportamientos sólo puede hacerse al contextualizarlos dentro del esquema general de significación que los engloba y trasciende, y en relación con los procesos sociales por medio de los cuales dicho esquema se construye y modifica. Por ello, se vuelve fundamental el estudio de los procesos rituales en los que se involucran prácticamente el grupo o la sociedad

entera -como sucede en las principales celebraciones públicas religiosas o de cualquier otra índole-, para comprender el por qué de dichas prácticas y cuáles son los contenidos que enfatizan y fijan en la memoria colectiva.

En las teorías sociológicas del ritual se ha subrayado, entre otros aspectos, la capacidad de síntesis que éste tiene para articular el orden diacrónico y el sincrónico (Cazeneuve, 1971: 30 y Augé, 1995: 34-35), pues los contenidos que despliega le dan la oportunidad a los participantes de construir una explicación del presente, por medio de la recuperación del pasado, y, por tanto, proyectarse al futuro con cierta certeza; es decir, al ponerse en acción los grupos sociales reconstruyen su memoria colectiva, al tiempo que incorporan elementos nuevos y la modifican.

Al asumir que ciertas prácticas tradicionales son mecanismos de reconstrucción sociocultural tan importantes, y que ellas están amarradas al contexto cultural que les da sentido y razón de ser, propongo como uno de los ejes centrales de mi análisis sobre la memoria histórica, la comprensión de las representaciones que la sociedad tiene respecto del mundo, de la vida y de los otros.

El concepto de “representaciones sociales” o “imaginarios colectivos” me ayuda a dar cuenta de las características comunes que guarda entre sí una colectividad. En general, se podría entenderlos como una serie de instrumentos que permiten expresar el acervo de conocimiento que una sociedad tiene respecto del espacio, el tiempo, el bien, el mal, la identidad, la no contradicción, etcétera. Dichas representaciones variarán según la posición y los intereses de los sujetos sociales, y de los “esquemas de percepción y apreciación”, de “pensamiento y sentimiento”³ que existen independientemente del individuo en el cual aparecen, pues están delineados por las características de la sociedad y por las relaciones de poder vigentes en ella. Es decir, para su interpretación es importante reconocer que los esquemas de explicación del mundo y, en consecuencia, la recuperación que desde allí hace la sociedad de su pasado, se modifican según las posiciones, los intereses y las necesidades particulares de los individuos y los grupos, pues son sujetos históricamente situados que

³ Bourdieu define estos esquemas como *habitus*: “el habitus es a la vez un sistema de esquemas de producción de prácticas y un sistema de esquemas de percepción y apreciación de las prácticas” (1993: 134).

interiorizan, reinterpretan y reproducen sentidos y acciones desde una condición sociocultural específica.

Destacar la importancia de conocer desde dónde se reelabora y apropia la experiencia vivida y cómo ella se “traduce” en formas de acción y significados determinados que se fijan en la memoria histórica, vuelve imprescindible para mi trabajo entender los mecanismos por medio de los cuales el conocimiento enfatizado por los sujetos sociales es transmitido y recibido de una generación a otra. De nuevo, estamos ante la necesidad de analizar las fuentes que nutren a la memoria de la sociedad, así como de la observación directa de sus prácticas colectivas más significativas y la recuperación del sentido que los sujetos sociales les dan a ellas.

Una investigación como la que aquí propongo, me permitirá comprender cómo en la reelaboración de la memoria histórica se ponen en juego elementos de orden subjetivo, simbólico y objetivo fundamentales para la dinámica sociocultural de la sociedad estudiada. Aclaro que entiendo por “objetivo” los principios de organización social y cultural que enmarcan las otras dimensiones, al mismo tiempo que son transformados por ellas; por “subjetivo” me refiero a la expresión del proceso por el cual los individuos y/o los grupos interiorizan tales principios organizativos y los interpretan; mientras que por “simbólica”, a la que surge como resultado del cruce de aquellas otras dos dimensiones. En ese sentido, habré de analizar, además, cuáles son los símbolos locales que juegan un papel clave para la reformulación y la recuperación de los acontecimientos del pasado, así como la manera como ellos se construyen y significan.

Sobre todo esto, el concepto de identidad tendrá un lugar preponderante, debido a que sostengo -de acuerdo con Sciolla (1983: 7-9)-, que el proceso de construcción de sentido está estrechamente ligado a ella, ya que la identidad es una parte constituyente de los imaginarios colectivos, y, por lo mismo, puede ser entendida como el marco de significado inmediato de la interacción social, vinculado con la cultura misma.

La identidad se construye y resignifica en las prácticas y está relacionada con las representaciones que tiene el sujeto (individual o colectivo) de sí mismo y de la sociedad a la que pertenece, y con la representación que de los “otros” se

hace. De hecho, los individuos y los grupos interactuamos en el mundo de acuerdo a la idea que tenemos de nosotros, una idea elaborada en referencia a un “otro”; es decir, la identidad tiene un carácter intersubjetivo y relacional.

Como he afirmado ya, el proceso de reelaboración de la memoria histórica tiene una relación directa con el sentido de pertenencia, pues permite la identificación por medio de la apropiación y el ordenamiento de la experiencia vivida (Aguado Vázquez y Portal Ariosa, 1991: 70-71). Así, al recuperar su pasado, siempre resignificado, el grupo social articula una “conciencia” de sí, en la que fija y actualiza su memoria colectiva.

Tengo que decir, además, que la identidad se reconstruye en diferentes planos, relacionados por ejemplo, con el género, la generación, el lugar de origen, la filiación religiosa, entre muchos otros. En el caso del estudio de la memoria histórica a través del análisis de las prácticas sociales que me interesa observar, considero que será muy importante analizar cómo en su reelaboración se enfatiza el carácter localista y/o regional que ella contiene. Definir la región en función de los propios límites culturalmente significativos de un grupo social frente a otros, entrelaza lo regional a la identidad.

La región se define culturalmente a través de procesos que favorecen la identificación hacia adentro (autoidentificación) y la diferenciación hacia fuera. En este sentido, los distintos elementos que se ponen en juego en la reconstrucción de la memoria histórica de la sociedad alteña, hablarán, también, de la forma como en términos imaginarios se construye la región. De tal manera, mi trabajo se inserta en lo que se ha llamado en ciencias sociales “estudios regionales”.

4. Consideraciones finales

Un análisis con las características que aquí subrayo, implica combinar dos perspectivas complementarias: a) una sincrónica, que conlleva la realización de trabajo etnográfico para observar las prácticas culturales actuales y la recuperación de testimonios en torno a lo que la gente piensa que fue su pasado; y, b) otra diacrónica, que me arroje información sobre aquellos acontecimientos del pasado -“reales” o inventados-, que permanecen en la memoria histórica de la sociedad y constituyen la fuente más importante que la

nutre y delimita, imprimiéndole un carácter específico a su cultura e identidad colectiva.

Finalmente, debo decir que el estudio de la reelaboración de la memoria histórica a través de la observación y el análisis de las tradiciones culturales, permite discutir la importancia que su conocimiento tiene para el estudioso de lo social en general, y en especial para aquél interesado en comprender los procesos socioculturales de las sociedades actuales, pues aportará elementos en torno a la reelaboración e invención de las tradiciones, al sentido de pertenencia a un grupo, a la construcción imaginaria de comunidades, a la resistencia cultural, y a las tendencias y contratendencias hacia la homogeneización social y cultural característica de la sociedad contemporánea, entre otros.

5. Bibliografía citada

- Aguado Vázquez, José Carlos y María Ana Portal Ariosa, "Ideología, identidad y cultura: tres elementos básicos en la comprensión de la reproducción cultural" en *Boletín de Antropología Americana*, Núm. 23, México, 1991.
- Augé, Marc, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Alberto Luis Bixio (trad.), Barcelona, Gedisa, 1995.
- Benjamin, Walter, *Ensayos escogidos*, H.A. Murena (trad.), México, Ediciones Coyoacán, 2006.
- Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Margarita Mizraji (trad.), Barcelona, Gedisa, 1993.
- Braudel, Fernand, *Escritos sobre historia*, Angelina Martín del Campo (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Cazeneuve, Jean, *Sociología del rito*, José Castelló (trad.), Buenos Aires, Amorrortu, 1971.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (eds.), *The invention of tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- Le Goff, Jacques, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, Hugo F. Bauzá (trad.), Barcelona, Paidós, 1991.

Pérez-Taylor, Rafael, *Entre la tradición y la modernidad: antropología de la memoria colectiva*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Plaza y Valdés Editores, 2002.

Rabossi, Eduardo, "Algunas reflexiones... A modo de prólogo" en Yerushalmi *et al.*, *Usos del olvido: comunicaciones al coloquio de Royaumont*, Irene Agoff (trad.), Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.

Sciolla, Loredana, *Teorías de la identidad*, Gilberto Giménez (trad.), (mecanoescrito), 1983.

Valencia García, Guadalupe, "Los modos del tiempo sociohistórico: una aproximación", (mecanoescrito), s/f.

Yerushalmi, Yosef Hayim, "Reflexiones sobre el olvido" en Y. Yerushalmi *et al.*, *Usos del olvido: comunicaciones al coloquio de Royaumont*, Irene Agoff (trad.), Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.

Julio de 2009.